

La influencia extranjera,
("Nuevo Mundo", Madrid, 15 febrero 1906)

2-1324 (1)
2-66

LA INFLUENCIA EXTRANJERA

Siendo Romanones ministro de Instrucción Pública, hizo averiguar el número de técnicos extranjeros ocupados en empresas españolas, y apoyó en tal cálculo la necesidad de enviar jóvenes españoles al extranjero para que allí se instruyan y vuelvan trayéndonos el fruto de su instrucción. Y entonces no faltó quien volviera á plantear esta cuestión: ¿qué conviene más, traer maestros y oficiales del extranjero y promover el que vengan y aquí se avencinden y se hagan

españoles ó mandar nuestros jóvenes á que con los maestros de allá adquieran maestría?

Importa poco que nos inunden extranjeros y que vengan técnicos extranjeros á dirigir nuestras empresas industriales—y aun agrícolas—si nos arreglamos de modo que esos técnicos se queden aquí, aquí arraiguen, aquí se naturalicen y enseñen aquí á los nuestros lo que ellos saben.

El Gobierno español ha enviado al extranjero á un número de obreros españoles para que en el extranjero se instruyan en sus respectivos oficios y vuelvan luego á la patria trayéndola el fruto de su instrucción. ¿Dará esto buen resultado? Me permito dudarlo, en vista de lo que he podido observar. Cuando vuelven, vuelven á las andadas. En general, apenas se distingue aquí, en España, á los que se han educado en España misma, de los que se han educado en el extranjero; el ambiente social los nivela, siempre que pasaran su infancia aquí y en el seno de la familia española.

Conozco un pueblo retirado en un repliegue de una sierra, donde apenas hay hombre que no haya corrido mundo; los más de ellos han estado en América, y no sólo en la América española. Y este pueblo apenas se distingue de aquellos otros cuyo vecindario vive desde hace siglos recluido. Y en cambio una colonia, una pequeña colonia de extranjeros, á poco que se entrometa en la vida de un pueblo, lo cambia profundamente.

Por lo que hace al orden que más conozco, el de la enseñanza universitaria, estoy convencido de que traería á ella una revolución mayor y más honda—y buena falta hace!—el que se trajera un par de docenas de buenos maestros extranjeros, que no el que se mandara á la mitad del profesorado á pasar dos, tres ó cuatro años en el extranjero. Las dos cosas son necesarias, sin duda, traer maestros de fuera y enviar á nuestros alumnos á que fuera se hagan maestros, pero hace más falta lo primero que lo segundo.

Si un suceso histórico por el estilo de la revocación del Edicto de Nantes que lanzó á tanto industrial y enérgico hugonote de Francia á Holanda é Inglaterra, á donde llevaron su industria y su energía, si un suceso así hiciera que nos invadiese un fuerte contingente de familias inglesas ó alemanas, es seguro que producirían en nuestra sociedad un efecto mucho más hondo y más persistente que si tradujéramos toda la literatura y toda la filosofía y la ciencia inglesas ó alemanas lográramos popularizarlas aquí.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

Un ilustre argentino, pensador sereno y luminoso, Juan Bautista Alberdi, en su obra «Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina»—gran libro sobre el cual ha alzado y perpetuado la República su prestigio en el mundo de la civilización», ha dicho D. Joaquín V. González, ministro de Justicia é Instrucción Pública de la Argentina, y hombre doctísimo—decía Alberdi en ese libro en 1852: «¿Queremos que los hábitos de orden, de disciplina y de industria prevalezcan en nuestra América? Llenémosla de gente que posea hondamente esos hábitos. Ellos son comunicativos; al lado del industrial europeo se forma el industrial americano. La planta de la civilización no se propaga de semilla. Es como la viña, prende de gajo.»

Los libros, las instituciones, las máquinas, los útiles, son semillas de civilización; el hombre es su gajo. De poco sirve traer una máquina si no se trae quien la maneje. Si va uno á buscarla, aprende allí á manejarla y viene trayéndola, á los cuatro días la estropea, es cosa vista.

En el orden literario y filosófico, que es el que menos mal conozco, creo que nos sería benefi-

ciosoísimo el que cayeran por aquí extranjeros que se pusieran á escribir en castellano estropeándolo todo lo que necesitaran estropearlo para darse á entender en él sin mengua de la integridad de su pensamiento. Es mucho mejor este estropeamiento que el que le infirjamos nosotros al querer traducir cosas extranjeras. Hay quien asegura que el director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, D. Pablo Groussac—ó Paul Groussac, como él firma—un literato francés que reside en la Argentina y escribe en castellano, muy aceptable por cierto, ha influido más en afrancesar á la juventud intelectual argentina, que las más de las traducciones de obras francesas ó las lecturas de obras originales en francés.

Y si á todo esto se arguyera que así corremos riesgo de perder nuestra personalidad nacional, sólo se me ocurre contestar que en el fondo no es más extranjera la literatura castellana de los siglos xvi y xvii, que la alemana ó inglesa ó noruega de hoy; que nuestra personalidad tiene sus raíces debajo de la historia y de esa tradición literaria meramente externa y que un escritor español puede ser más fundamental y más, especialmente español y castizo, habiéndose formado en literaturas extranjeras, que habiéndose sorbido las formas y apariencias de nuestros clásicos. Bien está no renegar de esta tradición y muy bien que haya un número de especialistas dedicados á estudiarla y á recordarnos de vez en cuando su existencia y sus méritos y prestigios, pero para la cultura general las relaciones de contemporaneidad deben ponerse por encima de las de historicidad. El tiempo une más que el espacio á los espíritus y siento mejor mi confraternidad con Ibsen ó con Subdermann, que no con Calderón ó con Moreto. Creo muy más fácil y más civilizador traducir á Ibsen que no á Calderón. Porque á éste hay que traducirle lo mismo que á aquél.

MIGUEL DE UNAMUNO.

